



Hernán Otero

Estadística y Nación. Una historia conceptual del pensamiento censal de la Argentina moderna (1869-1914), Buenos Aires, Prometeo Libros, 2007

Joaquín Perren¹

Por mucho tiempo, los historiadores han utilizado las estadísticas para reconstruir el pasado. Esta recurrencia se ha vuelto tan evidente que ha llevado a olvidar el carácter social y muchas veces conflictivo que encierra la producción de esas cifras. Sólo a partir de las últimas décadas divisamos algunos trabajos que comenzaron a preocuparse por la dinámica interna de los sistemas estadísticos estatales y por los efectos simbólicos de sus principales productos.² En estas coordena-

nadas debe ser ubicado el texto que pone a consideración del público Hernán Otero, *Estadística y Nación. Una historia conceptual del pensamiento censal de la Argentina moderna*, cuyo propósito es estudiar los tres primeros censos nacionales no como fuentes primarias, sino como una creación intelectual que testimonia las concepciones ideológico-científicas de sus autores y de una época (p. 34).

Otero inicia su recorrido con un análisis del lento proceso de conformación del pensamiento estadístico. Luego de una descripción del sinuoso camino seguido por la producción de cifras hasta el siglo XVII, el autor distingue los afluentes que confluyeron en la estadística moderna: la aritmética política inglesa, la *staatenkunde* alemana y el modelo francés. Si la primera fue indispensable en el desarrollo del cálculo estadístico y la segunda puso el naciente saber al servicio de un Estado, la tercera implementó uno de sus instrumentos por excelencia: el censo. Vencida una larga lista de dificultades, desde la renuencia judeocristiana a los relevamientos a gran escala hasta la afición de los neoclásicos por los modelos abstractos, el siglo XIX asistió a una “matematización del mundo social”.

Este proceso es caracterizado por el autor a partir de cuatro principios cuyos ecos resuenan en el paradigma censal argentino. El primero fue considerar a los hechos sociales como cosas o, utilizando las palabras del autor, “como conceptos operacionables gracias a principios de equivalencia con indicadores empíricos y mediante la aplicación de útiles estadísticos provenientes de las concepciones científicas de matriz galileana y newtoniana” (p. 116). En segundo lugar, el inicio de los relevamientos universales estuvo asociado con la victoria de la escuela francesa que terminó sentando las bases de una modalidad de indagación sostenida en la idea de ciudadanía. El avance arrollador de las estadísticas durante el siglo XIX se vinculó, además, con la movilización de diferentes actores (parlamento, prensa y académicos) que advirtieron la importancia de las cifras en el “autoconocimiento” de la sociedad. El mundo industrial había irrumpido en el escenario europeo y se percibió a las estadísticas como una llave que permitiría resolver los problemas de un nuevo —y amenazante— escenario. Por último, la producción de cifras ayudó a conformar esas “comunidades imaginadas” que sirvieron de referente a la

¹ Centro de Estudios de Historia Regional (CEHIR)-Universidad Nacional del Comahue/CONICET. Email: joaquinperren@hotmail.com.

² Un trabajo pionero en esta senda de indagación fue: Alonso y Starr (comps.), *The politics of numbers*, Nueva York, Rusell, 1987. En el caso argentino, debemos mencionar algunos trabajos que, desde una óptica institucional, han reconstruido el montaje del aparato estadístico: R. P. Mentz, “Sobre la historia de la estadística oficial argentina”, *Estadística española*,

vol. 23, n° 128, 1991; Hernán González Bollo, “La conformación de la estadística pública argentina, 1869-1899”, (mimeo), 2004; o del mismo autor, “La cuestión obrera en números: la estadística socio-laboral argentina y su impacto en la política y la sociedad, 1895-1943”, en Hernán Otero (dir.), *El mosaico argentino. Modelos y representaciones del espacio y la población*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004. Una segunda línea de trabajo investigó los efectos simbólicos de los censos nacionales y tuvo a Hernán Otero como principal protagonista: “Estadística censal y cons-

trucción de la Nación. El caso Argentina”, en *Boletín del Instituto de Historia argentina y americana Dr. Emilio Ravignani*, n° 16-17, 1998; “Investigando a los investigadores del pasado”, en Catalina Wainerman y Ruth Sautu, *La trastienda de la investigación*, Buenos Aires, Lumiere, 2002; “Demografía política e ideología estadística en Argentina 1869-1914”, *Anuario del IEHS*, n° 14, Tandil, 1999; “Hombres ávidos de bienestar. Espacios ciudades y migrantes en la estadística censal argentina (1869-1914)”, *Studi Emigrazione*, CSER, Roma, n° 130, 2000.

acción estatal, sobre todo en los países de tardía unificación como Alemania, Bélgica o Italia.

En el segundo capítulo, Otero abandona una mirada panorámica para concentrar su atención en la Argentina. “El gran salto adelante” sintetiza las principales tendencias demográficas que caracterizaron a la segunda mitad del siglo XIX. Tomando distancia de los más férreos defensores del giro lingüístico, el autor nos brinda una serie de continuidades “reales” a partir de las cuales los censistas decimonónicos modelaron su lenguaje. Un recaudo de esta naturaleza le permite evitar los riesgos de un estudio sólo recostado sobre la dimensión más discursiva del quehacer científico. Con ese norte, y mostrando una enorme capacidad analítica, Otero visita problemas clave en la historia de la población argentina, como su explosivo crecimiento entre 1869 y 1914, el inicio de la transición demográfica, la importancia de la inmigración europea y de los desplazamientos internos y el acelerado proceso de urbanización.

El tercer capítulo se dedica a estudiar el proceso de *state building* desde un lugar poco explorado: el sistema estadístico nacional. Alejado de los típicos análisis institucionales autolaudatorios y de las investigaciones “externistas”, Otero nos proporciona una novedosa periodización sobre el desarrollo de las reparticiones productoras de cifras. El criterio elegido para organizar las diferentes etapas de este proceso no fue la evolución interna de estas oficinas o las fases del desarrollo económico, sino los contenidos de los censos y los pa-

radigmas interpretativos subyacentes en las mediciones. Esta sutileza analítica permite al autor dividir en tres etapas al largo período que se extiende desde la conquista hasta comienzos del siglo XX.

La primera de ellas cubre con su manto a la época colonial. En esos años, el relevamiento de la población estuvo orientado por tres necesidades propias del Antiguo Régimen: “medir para controlar”, “medir para reclutar” y “medir para tributar”. Las finalidades extrademográficas, lejos de desaparecer en la segunda etapa, se prolongaron en el período que Halperin Donghi ha denominado “Revolución y Guerra”.³ En las primeras décadas de vida independiente, el estado de guerra permanente hizo de las levas una inquietante necesidad y del naciente aparato estadístico un mecanismo al servicio de ese propósito. De todos modos, esta continuidad convivió con una función que ganaría terreno conforme avanzaba el siglo XIX: las cifras se fueron convirtiendo en un insumo indispensable para la acción gubernamental. Con este último objetivo, Otero analiza el surgimiento de instituciones pioneras —como el Registro Estadístico de la Provincia de Buenos Aires (1822-1827)— que, a pesar de sus cartas de intenciones, no surtieron los efectos deseados. El temor del reclutamiento forzoso sobrevolaba el imaginario popular y no es de extrañar que las primeras reparticiones hayan enfrentado las resistencias de quienes debían suministrar información.

³ Tulio Halperin Donghi, *Revolución y Guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina Criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

Esta nueva función halló su cristalización efectiva con la producción estadística de la Confederación y de la provincia de Buenos Aires, primero, y con el periódico levantamiento de censos nacionales después. Más allá de los diferentes grados de madurez institucional en ambos momentos, Otero encuentra dos denominadores comunes que impregnaron a las primeras generaciones de estadísticos. A la cada vez más evidente intención de “contar para actuar” —tan propia del reformismo liberal—, la estadística decimonónica sumó la imperiosa necesidad de “contar para difundir” (p. 91). Esta última tarea tenía, hacia adentro, un evidente afán pedagógico que mostraba ciertas formas de pensar la Nación y, hacia afuera, el objetivo de exhibir las virtudes del país con el fin de atraer capitales y personas.

El cuarto capítulo completa el retrato institucional de la estadística argentina analizando al período comprendido entre el Centenario y el primer gobierno peronista. La perspectiva de largo aliento permite a Otero distinguir, hacia la primera fecha, un relevo paradigmático. La segunda mitad del siglo XIX había sido un período signado por un poco disimulable optimismo. Las continuidades reales en la evolución socioeconómica y la permanencia de un mismo plantel técnico facilitaron la vigencia de esa matriz interpretativa. La retracción de la natalidad y de la inmigración europea, dos pilares fundamentales del poblacionismo del ochocientos, permitieron el desembarco de nuevas imágenes sobre la sociedad argentina: al mismo tiempo que el liberalismo aparecía herido de muerte,

la eugenesia o los sombríos pronósticos alrededor de la degeneración de la “raza blanca” marcaron tiempos de un profundo pesimismo.

Este pasaje supuso una serie de transformaciones que Otero analiza con un celo etnográfico. Ante todo, el eclipse del orden conservador trajo consigo la lenta extinción de la estadística de autor y su progresivo reemplazo por el estadístico anónimo, miembro de una silenciosa comunidad de técnicos. En parte por la instalación de la “cuestión social” y en parte por la creciente intervención estatal, los contenidos de los relevamientos también experimentaron un cambio de rumbo. Restando importancia a los censos de población, la nueva estadística brindó mayor atención a los censos sectoriales y económicos. Otero resume este fenómeno con una hermosa metáfora: “el pasaje de los hombres a las cosas” (p. 91). Si bien este proceso se enrola en una *mainstream* planificadora de alcance internacional, el autor descubre algunas singularidades que pusieron al sector secundario en el centro de la escena: el creciente interés por la “defensa nacional” y la crisis del modelo agroexportador fueron los catalizadores de una profusa producción alrededor de los principales rasgos de la economía argentina.

Los cambios experimentados por los objetivos de los relevamientos luego de 1914 fueron aún más evidentes. Si los guarismos decimonónicos habían colaborado en la construcción de un sentido de nacionalidad, el aparato estadístico de las primeras décadas del siglo xx privilegió la búsqueda de resul-

tados comparables a nivel internacional. Esa homogeneización, desde la aguda mirada del autor, no fue la causa del desvanecimiento de la estadística cargada de contenido simbólico, sino más bien su consecuencia. La culminación del proceso de conformación del Estado nacional marcó el agotamiento de aquella finalidad e instaló la necesidad de sumar a la Argentina en la mundialización de las cifras. El mayor tecnicismo de los guarismos no impide a Otero visualizar algunas marcas dejadas por un clima intelectual sintonizado en una frecuencia pesimista. El retorno de la familia como instancia superadora del individualismo liberal y los temores que comenzó a suscitar el mundo urbano reflejaron en el plano de las mediciones la influencia de un heterogéneo abanico de ideas conservadoras (desde el catolicismo social hasta la eugenesia).

Luego de explorar el largo proceso de construcción del aparato estadístico nacional, Otero —en el quinto capítulo— interpreta el discurso demográfico oficial. La hipótesis sugerida por el autor es a todas luces atractiva: el pensamiento censal decimonónico buscó “analizar los elementos básicos del tejido social a partir de la obtención de indicadores cuantitativos que mostraran tanto la viabilidad de la Nación y la ciudadanía en formación como los males que la caracterizaban y sus eventuales remedios” (p. 294). Siguiendo esta lógica, el aparato censal posó su mirada en aquellos aspectos que reflejaban los progresos de la Argentina y los avances en una homogeneización que aparecía como garantía del orden social. Otero descubre los

efectos simbólicos que intentaron generar los censos nacionales en el análisis del mundo del trabajo. La adopción de la nomenclatura laboral italiana, por ejemplo, determinó una grilla que realizaba las virtudes del modelo agroexportador y dejaba de lado un estudio minucioso de la manufactura. De esta forma, los censos colaboraron en la invisibilización de un actor que no se ajustaba al ideal imaginado por la intelectualidad liberal: los obreros.

Algo no muy diferente encuentra Otero en el caso del acceso a la propiedad. La posibilidad generalizada de volverse propietario, piedra angular de la propaganda censal, fue resultado de una operación que —aunque basada en mediciones reales— terminaría deformando la realidad. La ausencia de preguntas sobre la extensión de la tierra (indispensables para medir la distribución de la riqueza), la constante utilización de la ficticia figura del “propietario medio” y la falta de cruces por edad entre argentinos y extranjeros ayudaron a delinear una imagen de “país de propietarios”. Esta clase de mecanismos, desde la mirada del autor, cumplieron el mismo rol de la sinécdoque: funcionaron como una figura discursiva que homologaba una parte con el todo (p. 289). Pensada de esta forma, la estadística decimonónica, lejos de conformar un instrumento de inobjetable neutralidad, mostró desde temprano una clara connotación ideológica: la propiedad era pensada como un “elemento amalgamador y centrípeta de una sociedad conflictiva y culturalmente heterogénea” (p. 291).

Así como se encargaba de exhibir aquellos aspectos que mostraban las bondades de la Argentina liberal, el discurso censal también señaló las primeras luces de alerta. Haciendo foco en fenómenos como la desocupación, el aumento desproporcionado de los profesionales y un alto analfabetismo, el aparato estadístico identificó posibles fuentes de conflictividad que —directa o indirectamente— podían multiplicar el crimen, la prostitución, la ilegitimidad o bien entorpecer el funcionamiento del sistema político. Lo interesante allí, destaca Otero, no es evaluar la validez lógica de esta clase de razonamiento sino analizar las interpretaciones subyacentes. Las tensiones que comenzaban a desgarrar el tejido social se pensaron en clave intelectualista y aristocratizante, dejando de lado cualquier referencia a la estructura social causante de las mismas. Así, los censos presentaron el conflicto como resultado de la acción de agitadores y no como consecuencia de una economía agroexportadora que ya mostraba severos problemas. Precisamente en esta constatación encontramos uno de los principales hallazgos de *Estadística y Nación ...* La hipótesis de una mixtura ideológica propia de la generación del 80, sugerida por Zimmerman hace ya algunos años,⁴ es descubierta por Otero en los censos nacionales: el liberalismo, evidente en el individualismo de las formas de medir y en la defensa de la propiedad privada, convivió con ideas de neto cuño conservador.

⁴ Eduardo Zimmerman, *Los liberales reformistas. La cuestión social en Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana-UEDESA, 1995.

El análisis censal de los elementos que permitirían soldar los lazos sociales tuvo su natural extensión en el estudio del territorio que iba a albergar a la embrionaria nación. El sexto capítulo, “Espacios, ciudades y migrantes”, explora las formas en que los estadísticos oficiales abordaron los efectos espaciales que trajo consigo la inserción de la Argentina en el mercado internacional. El primer aspecto rescatado por Otero es una regionalización basada en un esquema binario que opuso las provincias del “litoral” a las del “interior”. Si las primeras condensaban las ventajas de una óptima especialización en la producción de bienes primarios, las segundas mostraban una *performance* mucho más pobre. El efecto simbólico de esta distinción fue el de naturalizar el mayor crecimiento de las provincias de orientación atlántica. Los funcionarios estadísticos explicaron las disparidades económicas a partir de una matriz determinista: se desechaban los factores económicos y políticos al mismo tiempo que se ponía énfasis en las características geográficas.

Los efectos simbólicos no estuvieron ausentes en la elección de los parámetros utilizados para establecer el contraste entre lo urbano y lo rural. Tomando distancia de las grillas utilizadas en Inglaterra, Francia o los Estados Unidos, todas asentadas en criterios cuantitativos, los censistas argentinos abrazaron la metodología italiana. Otero aborda las razones que impulsaron esta decisión con singular sutileza: adoptar un criterio flexible de urbanidad, relacionado con la importancia relativa del poblado respecto de su entorno, llevó a sobreestimar la

población establecida en las ciudades. Detrás de esta elección asomaba una ideología —cuyas raíces debemos buscar en el pensamiento sarmientino— que medía el grado de progreso en función del crecimiento de la población urbana. La Argentina debía presentarse como una nación civilizada y para ello era fundamental mostrar a sus habitantes asentados en las ciudades. El binomio urbanización-civilización, que gozó de buena salud en el siglo XIX, se deshizo recién en las primeras décadas de la siguiente centuria, cuando se comenzó a ver el mundo urbano como un ámbito disolvente de los lazos sociales.

El sexto capítulo se cierra con el análisis que los estadísticos hicieron de los fenómenos migratorios. La traducción de la movilidad territorial al lenguaje matricial, dice Otero, supuso la presentación de los *stocks* de población no nativa para cada una de las provincias. Descartadas unidades menores como departamentos (sólo usados en el censo de 1869), los censistas expusieron los resultados en términos dicotómicos reforzando la imagen de un país desequilibrado: “provincias ganadoras” y “perdedoras”, situadas en el Litoral y en el Interior respectivamente. Por otro lado, la utilización de preguntas en los lugares de llegada como único instrumento de medición modeló una interpretación que sólo atendió a los factores de atracción imperantes en las zonas de llegada. Aunque parcialmente cierta, esta mirada tendió a considerar a los desplazamientos como flujos lineales entre polos con saldos negativos (tradicionales y rurales) y polos positivos (dinámicos y urbanos). Así, la enorme

variedad de fenómenos migratorios, desde el urbano-urbano hasta el urbano-rural, permanecieron ocultos detrás de la omnipresencia de las corrientes cuantitativamente más relevantes (p. 313).

Para las migraciones internacionales, el modelo *pull* tuvo el monopolio explicativo. Renunciando a una perspectiva global, los censistas decimonónicos sólo posaron su mirada en las condiciones favorables que albergaba la Argentina. Los flujos internacionales aparecieron, entonces, como un mecanismo compensador accionado por sujetos que respondían a estímulos irradiados desde los escenarios de llegada (mejores salarios u oportunidades de acceder a la propiedad). Pensando a las migraciones como resultado de una inevitable tendencia hacia el equilibrio, los censistas rehuieron el análisis de los aspectos sociales que caracterizaban a los espacios expulsivos. En la mirada del autor, las implicaciones ideológicas de esta explicación no fueron menores: la naturalización de los movimientos, junto con el determinismo geográfico, fungió como justificación a la no intervención del Estado.

En el séptimo capítulo, Otero intenta reconstruir los sentidos de Nación imaginados por los funcionarios estadísticos. Con ese propósito, el autor toma una saludable distancia de las muy hobsbawonianas miradas culturalistas: si bien la Nación supone una construcción intelectual sostenida en un heterogéneo conjunto de símbolos y creencias, “no es menos cierto también que resulta de la imagen construida a partir de personas concretas, por-

tadoras de características distintivas, que se corresponden con lo que por lo general llamamos población” (pp. 334-335). De ahí su interés por la demografía en tanto campo intelectual crucial en la creación de un sentido de nacionalidad, más allá de que haya ejercido menor influencia que el sistema educativo o el servicio militar obligatorio. Indagar la definición de población elaborada por el discurso censal argentino es una tarea que Otero lleva adelante concentrando su atención en el tratamiento que aquel hizo de los grupos indígenas, de la gente de color y de los inmigrantes. Los censos, en esa área, provocaron un doble y simultáneo efecto simbólico: uniformizaron a una población heterogénea y dotaron de una nueva identidad a esa masa multiforme.

Esta homogeneización se basó en una clasificación de base jurídica que discriminó a los habitantes según su pertenencia a entidades nacionales identificadas con estados independientes. Este mecanismo, que dejó atrás la grilla racial de la colonia, terminó licuando las identidades regionales (muy útiles para analizar realidades multinacionales) y, en el frente interno, negó el carácter nacional de los pueblos originarios. De forma complementaria, Otero muestra cómo el carácter legalista de los censos, acompañado de una clasificación dual que diferenciaba entre argentinos y extranjeros, edificó una imagen opuesta al mosaico étnico estadounidense. Por este motivo, la transformación de extranjeros a argentinos tuvo lugar en el lapso de una generación, dado que los hijos de migrantes fueron consi-

derados nativos, sin importar demasiado el origen nacional de sus padres. Las identidades previas, concluye el autor, parecieron diluirse conforme ganaba fuerza el “crisol de razas” argentino. El resultado de este dispositivo es, a esta altura, un lugar común de la historiografía tradicional: Argentina fue objeto de un acelerado proceso de integración que dio origen a una cultura híbrida.

El octavo capítulo de la obra, “La estructura ausente”, se sumerge en los aspectos menos evidentes del lenguaje estadístico. La forma de hacerlo es sin duda novedosa: abordar los cruces y tabulados realizados por los censistas que, por selección o por omisión, dieron forma al lenguaje censal. Luego de descartar los tabulados de menor importancia, Otero descubre dos elementos que marcaron a fuego al análisis estadístico decimonónico: una visión asocial de los comportamientos demográficos y una visión étnica de los comportamientos sociales (p. 418). Si el primero llevó a considerar a la Nación como la sumatoria de individuos sólo diferenciados por su nacionalidad, evitando las siempre incómodas variables ocupacionales, el segundo hizo de las condiciones ambientales la fuente de explicación de las diferenciales de mortalidad y fecundidad entre nativos y extranjeros. Esta concepción, que dio la espalda al funcionamiento social, circulaba en dirección opuesta a la estadística europea contemporánea, que ya insinuaba la importancia de las desigualdades sociales y culturales en la definición de comportamientos demográficos.

El noveno capítulo de la obra visita otro de los principios teó-

ricos que impregnó a las formas de pensar a la población: la visión legalista. Desde la óptica del autor, el concepto de ley —en su doble carácter de proposición jurídica y regularidad estadística— se halla presente en todos los pasos de la cadena censal, desde la confección de la cédula hasta la interpretación de los datos. Gracias a aquel, operaron algunos bloqueos en la realidad sociodemográfica. En la disyuntiva entre adecuar sus categorías a la realidad que pretende medir o sustituir la realidad por el “deber ser” del Estado, el discurso censal se inclinó hacia esta última. Así, en palabras del autor, fue evidente una “tendencia a sustituir las prácticas sociales reales por el prisma de las variables del Estado” (p. 422). La utilización de una plantilla legalista en el estudio del estado civil, por ejemplo, invisibilizó prácticas extendidas como el amancebamiento o la ilegitimidad. Pero además de jurídico, el legalismo de los censistas fue estadístico. En los tres primeros censos nacionales se observa una búsqueda permanente de regularidades que pudieran ser elevadas al rango de leyes generales. De esta forma, la estadística decimonónica terminó por construir “un mundo arquitectónicamente ordenado y no sometido a la perniciosa influencia del azar” (p. 435). Las principales víctimas de esta lectura del funcionamiento social fueron los valores aberrantes, que se colocaron en el lugar de las excepciones, y el libre albedrío, que fue negado en nombre de un rígido determinismo estadístico.

Esta afición por la búsqueda de leyes generales, sin embargo, fue sólo de tenor filosófico. En tanto arte administrativo, la estadística

funcionó durante todo el período como un auxiliar del Estado en la elaboración de políticas públicas. Pero a enorme distancia de las intervenciones radicales, el aparato estadístico apareció como una pieza clave en una “revolución pacífica” (p. 455). Un accionar oficial racional daría paso a una serie de reformas que gradualmente transformarían la sociedad. Si los fenómenos demográficos experimentaban una lenta evolución, sólo visible mediante una minuciosa tarea estadística, su modificación únicamente podía hacerse a largo plazo. Con este descubrimiento Otero da una pincelada más a su detallada descripción del aparato estadístico: no sólo creó una determinada forma de pensar la Nación y publicitó a la Argentina en el mundo, sino que además fue el brazo técnico de un reformismo liberal de la época.

El determinismo que impregnó al estudio de la población no sólo se aplicó al presente. El décimo y último capítulo analiza los pronósticos que el paradigma censal decimonónico hizo a futuro. Lo esclarecedor de estos pronósticos, dice Otero, no reside en saber si fueron acertados, “sino en que iluminan las condiciones y guías intelectuales de su puesta en forma” (p. 464). En este último punto, el autor encuentra en Malthus una fuente de inspiración constante del discurso censal, especialmente en su interés por el formidable crecimiento de la población estadounidense. Analizar cómo fue decodificado el legado malthusiano en relación con el des poblado paisaje argentino es una de los principales virtudes de *Estadística y Nación ...* Las conclusiones

a las que arribaron los estadísticos oficiales los alejaron del temor por un crecimiento demográfico desmedido y de la necesidad de implementar controles. En el marco de una ideología poblacionista, encuadrada en la máxima alberdiana “gobernar es poblar”, las lecciones del economista británico dieron paso a un optimismo a prueba de pronósticos sombríos (p. 468). Siguiendo esta lógica, el futuro funcionó como una prolongación *ad aeternum* de un presente que se juzgaba próspero. Y esto, como no podía ser de otra forma, se tradujo en proyecciones especialmente favorables. Un ejemplo, entre los muchos analizados por Otero, puede ayudarnos a representar un clima de ideas alejado del pesimismo que vendría después: el censo nacional de 1914 estimaba que la población, en el bicentenario de la Revolución de Mayo, arañaría los 65 millones de habitantes (p. 469).

Queremos finalizar estas líneas con algunas breves reflexiones. A esta altura del texto, pocas dudas caben del significativo aporte de este libro en la comprensión de la Argentina moderna. Esto se debe a dos cuestiones que no podemos dejar de mencionar. Por un lado, el sólido estudio sobre la organización del aparato estadístico ha mejorado nuestro conocimiento sobre la expansión tentacular del Estado, en especial sobre lo sucedido en sus dependencias periféricas. Por el otro, gracias al minucioso análisis del contenido censal comenzamos a apreciar la importancia de las estadísticas en la creación de determinados marcos identitarios. El lenguaje estadístico decimonónico no sólo reflejó diferentes aspectos de la so-

ciudad, sino que además fue importante en la creación y difusión de imágenes muy precisas sobre una cierta “comunidad imaginada”.⁵ Al igual que otros dispositivos estatales, como la escuela, los actos o los símbolos patrios, la producción estadística fue de vital importancia en la construcción de naciones para los jóvenes Estados occidentales. A través de la acción conjunta de mecanismos de autoidentificación co-

lectiva y de diferenciación frente a otras unidades estatales, los censos provocaron formidables *efectos de realidad* que terminaron licuando “minorías invisibles” y fortaleciendo la uniformidad de una población que difícilmente podía precarse de homogénea.

Más allá de la riqueza de esta primera aproximación, la tarea por delante no es menor y demandará romper muchos de los tabiques de la historiografía argentina. *Estadística y Nación ...* ha abierto, como pocos libros recientes, un

territorio de indagación que de momento permanece virgen. La posibilidad de analizar las relaciones entre estadística e identidad para la segunda mitad del siglo XX o de sumar otras canteras productoras de cifras (por ejemplo, la prensa) son dos de los muchos desafíos que le aguardan a la historia conceptual del pensamiento estadístico. A modo de cierre, y abusando de una metáfora artística, podríamos decir que Otero instaló el bastidor de la obra; sólo resta que comiencen las pinceladas empíricas.

⁵ Benedict Anderson, *Comunidades Imaginadas*, México, Siglo XXI, 1994.



Elsa López y Edith Alejandra Pantelides (comps.)

Aportes a la investigación social en salud sexual y reproductiva, Buenos Aires, CENEP, CEDES, AIEA, UNFPA, 2007

Magalí Gaudio¹

Los capítulos reunidos en este libro constituyen una selección de los trabajos presentados en el V Taller de Investigaciones Sociales en Salud Reproductiva y Sexualidad organizado por el Centro de

Estudios de Estado y Sociedad (CEDES), el Centro de Estudios de Población (CENEP) y el Comité Científico de Nupcialidad y Reproducción de la Asociación de Estudios de Población de la Argentina (AIEA), que tuvo lugar en Buenos Aires en abril de 2006.

Esta publicación muestra trabajos recientes sobre salud sexual y reproductiva y reflexiones de investigadores de la Argentina, Brasil, Uruguay y los Estados Unidos. Los capítulos del libro se agrupan en cuatro áreas temáticas: *educación sexual, sexualidad y juventud, vivencia del tratamiento y de la enfermedad y respuestas institucionales*.

Los trabajos de Silvana Darré y Alejandro Marcelo Villa se inscriben, aunque en diferentes niveles de análisis, dentro del área temática de *educación sexual*, en-

tendiéndola como formando parte del discurso pedagógico y como un proceso que lleva implícito una selección, distribución y circulación de nociones e ideas sobre la sexualidad concebidas como legítimas por un determinado modelo cultural. Darré describe y analiza los modos en que la educación sexual se fue constituyendo en Uruguay a lo largo del siglo XX, en el ámbito de la enseñanza pública, poniendo especial énfasis en las políticas de género y sus normativas. La investigación de Villa busca conocer, por un lado, las concepciones que sobre la sexualidad y la reproducción de los adolescentes tienen los profesionales de la salud y la educación que trabajan en actividades y programas afines en las escuelas de nivel medio, y, por otro, los abordajes sobre estas temáticas en dichas escuelas. En palabras de Darré, ambos estudios muestran, si bien en diferentes planos, la importancia de “la materialidad discursiva que sobre la educación sexual ha circulado en el discurso

¹ Socióloga, becaria del CONICET, asistente de investigación en el CENEP y docente de la UBA. Email: mgaardio@cenep.org.ar